

Reflexiones sobre el capítulo 6 de Juan

Arzobispo Naumann - Semana 1



Diácono Bill Scholl:

Bienvenidos a “Encendiendo nuestros corazones con asombro eucarístico”, del arzobispo Joseph Naumann, de la Arquidiócesis de Kansas City, en Kansas, una serie de reflexiones sobre el evangelio de Juan, mientras contemplamos el maravilloso don de nuestro Señor a través de la acción de la Misa, cuando Cristo se nos da en la Eucaristía. (música)

Arzobispo Joseph Naumann:

Bienvenidos a estos podcasts de Cuaresma; vamos a recorrer el sexto capítulo del evangelio de San Juan. Así lo leemos hoy en el evangelio:

“Después de esto pasó Jesús a la otra orilla del lago de Galilea —el Tiberíades—. Le seguía un gran gentío, porque veían las señales que hacía con los enfermos. Jesús se retiró a un monte y allí se sentó con sus discípulos. Se acercaba la Pascua, la fiesta de los judíos. Levantando la vista y viendo el gentío que acudía a él, Jesús dice a Felipe: ‘¿Dónde compraremos pan para darles de comer?’. Lo decía para ponerlo a prueba, porque sabía bien lo que iba a hacer. ‘Doscientas monedas de pan no bastarían para que a cada uno le tocara un pedazo’. Uno de los discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dice: ‘Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados; pero, ¿qué es eso para tantos?’. Jesús dijo: ‘Hagan que la gente se sienta’. Había hierba abundante en el lugar. Se sentaron. Los hombres eran cinco mil. Entonces Jesús tomó los panes, dio gracias y los repartió a los que estaban sentados. Lo mismo hizo con los pescados: dándoles todo lo que quisieron. Cuando quedaron satisfechos, dice Jesús a los discípulos: ‘Recojan las sobras para que no se desaproveche nada’. Las recogieron y, con los trozos de los cinco panes de cebada que habían sobrado a los comensales, llenaron doce canastas. Cuando la gente vio la señal que había hecho, dijeron: ‘Éste es el profeta que había de venir al mundo’. Jesús, conociendo que pensaban venir para llevárselo y proclamarlo rey, se retiró de nuevo al monte, él solo. Palabra del Señor.

Pues bien, queridos amigos, vamos a dedicar esta Cuaresma a repasar este sexto capítulo del Evangelio de San Juan como preparación para la Iniciativa de Renacimiento Eucarístico a la que se ha comprometido la Conferencia Episcopal para los próximos tres años. Así, durante los próximos tres años, toda la Iglesia de Estados Unidos se centrará en la importancia y el sentido de la Eucaristía en la vida de la Iglesia. Parte de la razón y la motivación para que los obispos comenzaran esta iniciativa fue un Estudio Pew de hace varios años, que reveló que un elevado número de católicos, incluso los que van a Misa regularmente, no creen en la Presencia Real de Jesús en la Eucaristía. Esto nos ha sorprendido. También es en parte porque hemos visto en algunos lugares mucho peor que aquí en Kansas, pero un número decreciente de personas que participan en la Eucaristía cada semana.

El evangelio de Juan es único y se diferencia de los otros tres. El evangelio de Juan del Jueves Santo no habla de la Eucaristía en sí, sino que tenemos el episodio de Jesús lavando los pies a los discípulos. Pero

Juan, en el sexto capítulo, da la enseñanza más completa sobre la Eucaristía en todos los evangelios. Hace varios años —ya he contado esta historia— estaba en mi residencia en verano. Hacía mucho calor y, naturalmente, el aire acondicionado se había estropeado en ese momento, y un técnico de aire acondicionado estaba allí y entablamos una conversación. En un momento dado me dijo que iba a una iglesia evangélica, pero me dijo: “Creo que soy más católico que protestante”.

Y entonces le pregunté por qué lo decía. Y dijo: “Bueno, en primer lugar”, dijo, “tengo 10 hijos”. Dije: “Vaya, eso es impresionante”. Y dijo: “Pero aún más que eso”, dijo, “creo lo que usted cree sobre la Eucaristía”. Y me dijo: “No sé cómo mis hermanos protestantes pueden leer el sexto capítulo de Juan y no creer en la Presencia Real de la Eucaristía”. Le dije: “¡Vaya, deberías ser católico!”. Pero aún no estaba preparado para entrar en el RICA. Pero espero que todos ustedes aprovechen la ocasión para leer el capítulo sexto de Juan completo. Vamos a recorrerlo sección por sección durante las próximas seis semanas. Comienza con la narración de este milagro de la multiplicación de los panes y los peces.

Esta es la única historia de milagro que se encuentra en los cuatro evangelios. Creo que eso tiene una gran importancia. Así, este sexto capítulo comienza con la versión de Juan del milagro de la multiplicación de los panes y los peces.

Juan pone en escena que Jesús ha subido a una montaña. Había un gran gentío que le seguía. Se nos dice que la fiesta judía de la Pascua estaba cerca. Y cuando Jesús mira a esta inmensa multitud, le dice a Felipe: “¿Dónde compraremos pan para darles de comer?”. Pues bien, Felipe se queda atónito ante esto. Considera que esta situación es totalmente imposible. Le dice a Jesús: “Doscientas monedas de pan no bastarían para que a cada uno le tocara un pedazo”. Así que ve esto como si Jesús le pidiera: “¿Cómo vamos a comprar esta comida para la gente?”.

Así que los discípulos —no se dice, pero está implícito aquí—, su solución a esto es enviar a la gente a buscar su propia comida. Pero eso no es lo que quiere hacer Jesús. Quiere ocuparse del hambre, de las necesidades de la gente. Y luego se nos dice que Andrés, el hermano de Pedro, se acerca a Jesús y le dice: “Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados”. Pero Andrés, abatido, dice: “pero, ¿qué es eso para tantos?”. Así que, de nuevo, Andrés ve la imposibilidad, pero tiene por alguna razón la fe —y este chico también tiene la fe— de presentarse y ofrecer lo poco que tienen. Y este es un elemento muy significativo de este pasaje. Vemos a este muchacho ofreciendo lo que obviamente es totalmente insuficiente para la necesidad que hay aquí, pero ofrece lo poco que tiene, y Jesús tomará esto ahora y lo utilizará.

Así que nos está diciendo, en cierto sentido, que cuando nos enfrentamos a necesidades abrumadoras en nuestra propia vida, tenemos que ofrecer a nuestro Señor lo poco que quizás podamos hacer, que parece tan insuficiente para la necesidad. Ya sea en tu matrimonio, o en la crianza de tus hijos, o en alguna necesidad en el trabajo, en el empleo o en la escuela, cualquiera que sea nuestra necesidad en las relaciones humanas, necesitamos ofrecer al Señor, dar lo que podamos dar para dar lugar a una solución. Entonces Jesús dice a los discípulos que hagan sentarse a la multitud y luego toma los panes. Y de nuevo, aquí utiliza un lenguaje muy eucarístico. Toma los panes, da las gracias y luego los distribuye a los que están sentados. Y hace lo mismo con los peces.

El Evangelio de Juan es un poco único en esto porque en los otros evangelios, Él dice a los discípulos que distribuyan la comida. Pero aquí, Jesús mismo lo distribuye. Y luego les dice a los discípulos que recojan los fragmentos sobrantes para que no se desperdicie nada. Y se nos dice que, cuando los recogen, estos

cinco panes de cebada y dos peces, después de que todos hayan comido, llenan 12 canastas con los fragmentos que han sobrado. Vemos aquí algo que también vemos en otros lugares del Evangelio. Las bodas de Caná serían otro ejemplo en el Evangelio de Juan de esto, de que la respuesta de Jesús a estas necesidades humanas es superabundante; Él proporciona mucho más en las bodas de Caná. Él da esta cantidad de vino que está por encima de lo que se puede consumir.

Y aquí vemos que Jesús es capaz de alimentar, a partir de lo poco que el muchacho pudo proporcionarle, a estas miles de personas, y luego tener más sobras, muchas más sobras de las que tenían al principio. Y, por supuesto, el 12 es siempre un número significativo en los evangelios y se relaciona con los 12 hijos de Jacob y los 12 apóstoles. Todo este episodio muestra el deseo de Jesús de alimentar a la gente. Aquí lo está haciendo físicamente, pero veremos que esto lanzará una ocasión para que Él dé esta gran enseñanza sobre la Eucaristía y cómo cada vez que venimos a la Eucaristía, el Señor quiere alimentarnos y satisfacer las hambres de lo que sea que necesitemos en ese momento particular.

Por eso, cada semana, cuando nos acercamos a la Eucaristía, debemos prepararnos de manera que identifiquemos cuáles son las hambres de nuestro corazón. ¿Cuáles son las cosas que necesitamos en este momento concreto de nuestra vida? ¿Cuáles son las cosas que nuestra familia y los que amamos y están cerca de nosotros? Y tenemos que llevar eso al Señor, y también tenemos que compartir con Él las formas en que estamos tratando de abordar estas necesidades. De nuevo, como el niño, son inadecuadas en apariencia para poder resolver los problemas que tenemos delante. Pero, de nuevo, para mostrar nuestro deseo al Señor, dar lo que tenemos y mostrar nuestra fe en que el Señor puede tomar lo que parece ser totalmente inadecuado, y Él puede hacerlo suficiente. Puede utilizarlo para alimentar a su pueblo, para nutrir a su pueblo.

Así que creo que a un nivel muy humano, y vemos que a diferencia de sus discípulos que ven a esta multitud y sólo quieren rechazarlo, pero el Señor, su deseo es alimentar y nutrirnos. Y podemos llevarle nuestras necesidades humanas, esas cosas que, necesidades muy prácticas que podemos tener, y a veces estamos viendo el mismo tipo de necesidades que tiene la multitud. ¿Cómo vamos a alimentar a nuestra familia? ¿Cómo vamos a proveer todas las cosas materiales que creemos que necesitan nuestros hijos y los que dependen de nosotros? Así que también podemos llevar al Señor estas hambres tan humanas. Pero Él quiere alimentarnos, y hablaremos más de esto en las semanas siguientes, Él quiere, a través de la Eucaristía, alimentar también nuestros corazones y nuestras almas. Él quiere llenarnos y alimentarnos espiritualmente con ese pan único que es el Pan de Vida.

Creo que al ver de nuevo este milagro, que encontramos en todos los Evangelios, nos habla del deseo del Señor de ser superabundante en su generosidad con nosotros, y de que el Señor tiene la capacidad de poder saciar la sed que tenemos y satisfacer las hambres de nuestros corazones y de nuestras almas. Y nuestro regalo para esto es tener la fe de que el Señor puede hacer lo que sea necesario; hay que confiarle estas ansiedades y preocupaciones a Él. Una de las cosas en mi vida, y hay muchas áreas en las que no tengo esto, pero al principio de mi vida, simplemente sentí que iba a confiar las necesidades materiales de mi vida al Señor. Yo no tenía ni idea. Por supuesto, ir al colegio universitario del seminario no era muy caro, ciertamente para los estándares de hoy, pero no tenía ni idea de cómo iba a poder pagarlo, ni idea de cómo podría algún día conseguir un automóvil o un coche.

Pero decidí desde el principio que no me iba a preocupar por estas cosas, que el Señor quería que hiciera este ministerio y yo hacía mi parte, de alguna manera Él lo satisfaría. Y la verdad es que nunca me he preocupado personalmente por esto. Ahora bien, yo no tengo las mismas presiones que podría tener un padre de familia en cuanto a las necesidades materiales; pero es cierto que —cuando uno ve las necesidades tremendas que tenemos como iglesia en cuanto al cuidado de aquellos dentro de nuestra comunidad, tanto sus necesidades materiales, como también sus necesidades espirituales— es abrumador. Y, sin embargo, si tenemos la fe de que no soy yo quien va a satisfacer estas hambres, sino que si doy lo poco que tengo, si doy lo mejor que puedo para encontrar una solución humana, pero luego comprendiendo que no todo depende de mí, que si estoy haciendo lo mejor que puedo, si estoy ofreciendo esto al Señor, que de alguna manera él lo hará suficiente y adecuado.

Y aún más, Él va a ser superabundante. Nos va a dar más de lo que podemos pedir o imaginar. Así que, al comenzar estas reflexiones, y lo hacemos con esta parábola de la multiplicación de los peces y los panes, recemos para que, al comenzar a reflexionar sobre este gran milagro que es la Eucaristía, podamos tener fe en Jesús, que se nos hace presente en este Santísimo Sacramento, y fe en que, sean cuales sean las necesidades de nuestra vida en este momento, tanto materiales como emocionales y espirituales, el Señor desea alimentarlas y nutrir las, para satisfacer esos anhelos de nuestro corazón. Confiemos nuestra vida al Señor, seguros de que Él es ese Dios superabundante que no se deja vencer en la respuesta a nuestros gritos, a nuestras necesidades. Gracias por escuchar hoy, y que Dios te bendiga. (música)